

mente ordenado y perversamente protegido de miradas inquisidoras, sobre el exilio como experiencia personal y también como forma literaria. Escribir acerca de los recuerdos adquiere un peso considerable. Lo que sí hay que destacar es la distinta significación de los recuerdos pues junto a la evocación de patios escolares, aulas inhóspitas, educadores autoritarios y controladores están las imágenes del dolor, del abandono, del silencio y de la pérdida, imágenes provenientes de un tiempo violento. Como dice Nelly Richard “[s]i “dar cuenta” de lo acontecido es no traicionar el recuerdo de lo que el presente deja atrás como dolor y aflicción con palabras con cicatrices [...] entonces la pregunta por el recuerdo concierne el nexa entre *memoria, lenguaje y trizaduras de la representación*” (1998: 15). O dicho de otro modo, buscar una forma de construir un discurso ficcional en el que se revise a Clio para que nazca una nueva relación entre ese sujeto que aprehende el recuerdo y el recuerdo mismo. Acompaña a esta preocupación la lucha entablada por la sociedad chilena con el mantenimiento del orden, “en tanto desarticulación y recomposición de identidades colectivas”, aspecto presente de distintas maneras en la obra de Edwards.

La relación entre el orden y el desorden se instala en los primeros relatos focalizados en la familia pero, además, la variante de este par de opuestos, como es orden y caos, cobra presencia en las novelas sobre la dictadura y el exilio; estos pares contrastantes no dan tregua sino que, por el contrario, solamente se resuelve en el triunfo de uno y la derrota de otro.<sup>23</sup>

### 3. Literatura y política: un complejo equilibrio

*El compromiso con la sociedad es igualmente imperativo en cualquier parte. En toda sociedad las injusticias saltan a la vista y el escritor es una conciencia crítica que se ejerce.*  
Jorge Edwards

*El descubridor es el deseador, el memorioso, el nominador y el voceador. No sólo quiere descubrir la realidad; también quiere nombrarla, desearla, decirla y recordarla.*  
Carlos Fuentes

Algunos trabajos críticos sostienen que la obra de Edwards, especialmente las novelas vinculadas con los procesos dictatoriales, presenta escasas innovaciones desde el punto de vista de las técnicas narrativas. Es probable que así sea. Sin embargo, lo que no pueden dejar de considerarse son las condiciones de producción, tanto para estas novelas como para los primeros relatos.

Intentar desdibujar ciertos bordes que la sociedad misma había marcado, recortar aspectos de la vida familiar hasta entonces silenciados, releer la tradición, desplazar a los escritores consagrados y propiciar otra visión de la Revolución Cubana significan, al menos, un franco intento por ofrecer al lector una perspectiva diferente aunque la experimentación no tenga entidad suficiente para ser considerada como tal. Es, al mismo tiempo, un enfático gesto que marca un claro posicionamiento que lo llevaría a quedar marginado de la familia intelectual latinoamericana defensora del proceso revolucionario y de sus dirigentes. En esta etapa es cuando el vínculo entre literatura y política se hace visible y logra recrear una nueva tradición literaria.

Las esquirolas del “boom” se diseminaban por América Latina y Europa, llevando los nombres de los autores y textos consagrados y de los no consagrados, construyendo un nuevo paradigma lector

en el que literatura, mercado y revolución eran los soportes básicos. Tiempos de polémicas y de reacomodamientos políticos. En ese marco se redefine la función de la literatura, el papel del escritor en la sociedad y los vínculos entre los intelectuales y el poder. Las polémicas ingresan con fuerza y las disputas se multiplican; la mayoría tiene como eje a Cuba y de ella dependen los alineamientos. El célebre caso Padilla divide las aguas en el campo intelectual y político de Cuba y pone en escena una cuestión problemática: los contradictorios discursos de los intelectuales. Edwards los reúne en *Persona non grata* y destapa los temas y conflictos que se mencionaban en voz queda. En un polémico artículo titulado "Enredos cubanos (Dieciocho años después del "Caso Padilla")"<sup>24</sup> recupera el tema que dio lugar al nacimiento de *Persona non grata*. Si bien muchos de los aspectos considerados aquí fueron tratados en esa novela, Edwards expresa opiniones de fuerte tono político que reafirman conceptos, críticas y referencias a hombres públicos y circunstancias políticas.

El artículo en cuestión se ocupa de rebatir puntillosamente afirmaciones realizadas por Padilla en su libro *La mala memoria* pero, además, y ya lanzado al ruedo el polémico *Persona non grata*, reconfirma y amplía datos ahora sin que medie la autocensura que se impuso para salvaguardar algunos nombres. Sirve también esta crónica para reafirmar su postura política y sus vínculos en ese campo, desmitificar episodios de la vida política tanto cubana como chilena y sostener que el tan mentado conflicto como la misma revolución cubana es "para las generaciones nuevas [...] un episodio enterrado en las brumas del pasado reciente, el más hermético y ajeno de los pasados. Los intelectuales de la postmodernidad tienen poco que ver con estos conflictos. Jamás se habrían extraviado, ellos en un laberinto político de esta especie". La contundencia de estas afirmaciones confirman su postura frente a los "enredos cubanos". En estrecha relación con este artículo, he tenido en cuenta algunas consideraciones hechas por H. Padilla en *La mala memoria*. En este libro, la presentación de Edwards está, por cierto, acom-

pañada de un reconocimiento interesante: "hombre de izquierda desde su juventud, Jorge había apoyado la revolución cubana en sus momentos más críticos, y siendo diplomático de carrera no vaciló en expresar públicamente su solidaridad con el Gobierno de Cuba en tiempos en que nuestros países no tenían relaciones diplomáticas".<sup>25</sup> El explícito reconocimiento del chileno como hombre de izquierda dentro del contexto aludido es una consideración a todas luces cargada de un matiz positivo. Por otra parte, la mención a su preferencia por la versión de Edwards, si bien teñida de un tono irónico, al considerarla "la mejor contada o fraguada", invita al lector a no descalificar lo relatado por *Persona non grata* y, en todo caso, a revisar la construcción que de la revolución cubana se ha hecho (Padilla, 1989: 147-148). En una entrevista concedida por Padilla a Nedda G. De Anhalt,<sup>26</sup> revisa aspectos relatados por Edwards en su famoso libro. La posición de Padilla es conciliadora y admite la veracidad de los datos allí aportados. Sin embargo, destaca sus dudas con respecto al valor de la memoria, cosa que Edwards no hace al otorgarle una legalidad muy alta. Al preguntársele por qué habla de "mala memoria", dice Padilla:

Porque toda recordación, todo esfuerzo por revivir hechos y personas actúa como un espejo cóncavo, siempre deformante. Aquello fue así o no fue así o pudo ser así. [...] se trata de una simple mala memoria o del recuerdo doloroso o de lo mala que es la memoria. Y esto pasa siempre que la memoria se convierte en escritura. Uno puede recordar conversaciones con amigos que las han olvidado o las recuerdan de otro modo, como Jorge Edwards. (p. 56)

El cubano no le asigna a la memoria el mismo registro de verdad que le da Edwards, pero reconoce que el chileno tuvo una percepción de la revolución cubana que no puede ser desconocida en su totalidad y que ciertas obsesiones vividas durante su corta estancia en la isla estuvieron presentes antes y después de la publicación de *Persona non grata*.<sup>27</sup> Sabido es que el tan mentado "arrepentimiento" de Padilla lo desacreditó profundamente. No es mi propósito analizar los motivos de la conducta de Padilla, pero entiendo que la polémica entre ambos escritores y la publicación

del artículo en una revista de gran circulación como es *Vuelta* americana esta referencia.

Es notable observar cómo, aun habiendo transcurrido casi treinta años de la aparición de esta novela, sigue siendo un punto de debate y, en gran medida, será su condena y el fantasma que deberá arrastrar su autor, al punto de ser soslayado como escritor en su propio país:

Vendí mucho *Persona*, que es lejos el más comercial de mis libros. Aunque creo que ahí incidían una serie de factores ajenos a la literatura, como el escándalo político del intelectual de izquierda que reniega del régimen castrista. Pero ese libro hizo difícil que los lectores leyeran otras cosas más. Yo pasé a ser el autor de *Persona* y sólo en los últimos años he podido liberarme un poco de esa imagen.<sup>28</sup>

¿Qué significó para Edwards la publicación de este libro? Al conjuro de apoyos y condenas, este escritor pasó a ocupar un sitio que hasta el momento no había conseguido. La aparición de *Persona non grata* era señal del desgaste de la idea de revolución como único camino para instalar un proyecto socialista en un país latinoamericano. El hecho de que la novela se hiciera merecedora de tal resonancia, obedeció más a la necesidad de replantear esta alternativa política que a cuestiones literarias. El punto de inflexión provocado es manifiesto, más allá de la operación comercial montada alrededor de ella. La circunstancia de tener un carácter testimonial, el hecho de estar atravesada por el registro autobiográfico y de desmontar un proceso que, entre otras cosas, había construido un entramado de solidaridades intelectuales permitieron el ingreso en América Latina de un discurso distinto cuya autoría provenía, además, de un escritor y diplomático, representante de un gobierno recibido con beneplácito por la intelectualidad latinoamericana.

Un escritor como Edwards que había gozado de la amistad y el reconocimiento de Julio Cortázar, Gabriel García Márquez y de críticos como Ángel Rama, que había recibido invitaciones para participar como jurado en Casa de las Américas, se había hecho

merecedor del reconocimiento por su apoyo a Cuba y a la Revolución y a quien Haydeé Santamaría, Directora de Casa de las Américas, le pide ayuda para identificar a su pueblo con el espíritu rebelde cubano, no pudo circular en el ámbito literario y político de los años setenta con la carga ideológica que se le había atribuido. Por el contrario, el libro y su autor polarizaron las opiniones, los escritores y los lectores. Estar de un lado o de otro de lo contado por *Persona non grata* fue, a partir de ese momento, colocarse a favor o en contra de la revolución. El título de la novela se sobreimpresionó con el elegido inicialmente por su autor, aunque el efecto provocado remitió al nombre imaginado en los borradores: el dedo había sido colocado en el ventilador.<sup>29</sup>

Se puede pensar, entonces, que *Persona...* fue una cuña entre los intelectuales cobijados por los ideales revolucionarios cubanos y aquellos que reclamaban la autonomía intelectual y abjuraban de la fidelidad a los principios revolucionarios cubanos. *Persona...* irrumpe en América Latina desnudando las relaciones de Fidel Castro con los intelectuales. Es un texto provocador y, al mismo tiempo, está teñido de una supuesta ingenuidad política al sostener que “el narrador, sin proponérselo, sin darse cuenta, se vio colocado de repente en el centro del torbellino y tuvo la idea candorosa, contraria a todos los usos y costumbres de aquellos años, de contar lo que había visto y lo que le había sucedido” (p. 11).

La novela, inserta en la dinámica cultural de la propuesta política de Salvador Allende, se inscribe en un ámbito más amplio intentando poner al descubierto gran parte de las desavenencias de la *intelligentzia* latinoamericana articulada al calor de la Revolución Cubana. Como con el caso Padilla había que expedirse y hacerlo implicaba posicionarse con respecto a Cuba, sobre todo, porque aún resonaban las palabras pronunciadas en el Congreso Nacional de Cultura (23 al 30 de abril de 1971), que condenaban a los “intelectuales pequeñoburgueses seudoizquierdistas del mundo capitalista que utilizaron la Revolución como un trampolín para ganar prestigio ante los pueblos subdesarrollados”.<sup>30</sup> También implicaba despla-

zar al propio Edwards del lugar de escritor cuyos “enfoques sobre las cosas de Chile, [resultaban] interesantes y exactos, aunque levemente descomprometidos y cuasi de extranjero apasionado, jamás de experto”, como le advierte su amigo Jorge Sanhueza.

No es difícil imaginar el fastidio que *Persona*... generó en algunos y la incomodidad que provocó en otros a la hora de expedirse con respecto a la novela. Para Alfredo Bryce Echenique, Edwards no hace otra cosa que relatar su “nada grata experiencia diplomática en Cuba” en ese libro “precursor” y “valiente”. El peruano también había conocido los avatares políticos que sacudían a los escritores que alternativamente eran amigos o enemigos de la revolución cubana, al saber de su participación en una “lista negra de escritores de derechas [sic]”. A la distancia resume ese tiempo de vaivenes y de alianzas rotas del siguiente modo: “La carrera diplomática de Jorge se había terminado por la derecha y, por la izquierda, hasta un hombre tan bueno y comprensivo como Julio Cortázar le quitó el saludo. Jorge Edwards fue a dar a Barcelona, donde del esplendor diplomático —en fin, visto por un lector de universidad—, sólo le quedó el automóvil”.<sup>31</sup>

Carlos Barral, por su parte, rememora los tiempos de relación fraterna entre los escritores latinoamericanos y el ideario de la revolución cubana y el modo en que el Congreso Cultural, realizado en La Habana en 1971, mostraría los deslizamientos producidos. Desde la evocación y desde la legitimidad que se arroga como observador privilegiado, Barral afirma que

Era evidente que aquel congreso era el funeral de una literatura hasta entonces tolerada. El lema “Contra la Revolución nada” de Fidel Castro tendría desde ahora una lectura absoluta y públicamente proclamada. No habría más que literatura de uso político. Heberto Padilla lo afirmaba ya sin ambages. Como el país entero, la creación cultural, los escritores y los pensadores, si es que alguna vez los hubo fuera de las cátedras políticas, serían íntimamente espiados, constantemente vigilados. [...] Aparentemente la Revolución conservaba todavía muchos retazos de frescura y desenfado contradictoria con la obediencia literaria a la manera soviética. En realidad, hasta el regreso de Jorge Edwards y hasta el estallido del tenebroso “asunto Padilla” no se enfrió mi entusiasmo de los primeros viajes ni disminuyeron mis muchas indulgencias.<sup>32</sup>

Estas afirmaciones contribuyen a visualizar el impacto producido por el relato de Edwards y, especialmente, porque provienen de uno de los animadores culturales de un tiempo en el que el mundo europeo y el latinoamericano produjeron una singular sociedad. Barral da a la historia cubana contada por Edwards la entidad que no había otorgado a las advertencias lanzadas desde el Congreso de Cultura. La reconfirmación de la existencia de un fuerte control sobre los intelectuales y sobre los productos culturales reafirma la certeza de que Edwards había ingresado en un tembladeral del que no se podría salir fácilmente o con heridas sanadas prontamente. Incluso la afirmación de Barral de mantener una relación amistosa y comprensiva con la revolución “hasta el regreso de Edwards”, permite reconocer el peso adquirido por *Persona non grata*, aun para quienes analizaban la política cubana con una mani fiesta y explícita simpatía. De cualquier manera, la circunstancia de que el catalán fuese el primer editor del polémico relato no es una cuestión menor y aporta un dato interesante para entender los alcances de la justificación de la publicación y de los juicios de Edwards.

Bryce Echenique recuerda el paso de Edwards por Cuba y el impacto de su polémico libro: “Y me parece recordar que Jorge escribió sus memorias de Cuba como toda una terapéutica destinada a curarse de la neurosis o del sentimiento de persecución que brotó en él a raíz de su estadía oficial en Cuba” (p. 425). Opiniones diferentes por cierto. Pues, más allá de que el peruano reconoce lo difícil de la misión llevada a cabo por Edwards, es evidente que la alusión a la presunta “neurosis” o a la “persecución” indican, al menos, un intento por restarle la dosis de gravedad que el chileno le otorgaba a los hechos.

Si bien Edwards adquiere mayor visibilidad como escritor a partir de *Persona non grata*, no es menos cierto que el mismo oficia como disparador para la circulación de sus cuentos y novelas más allá de las fronteras nacionales. Lectores, críticos y algunos intelectuales no han podido desprenderse de esa imagen, aunque la

han considerado en sentidos disímiles. De hecho los últimos congresos dedicados a su obra han recogido trabajos centrados en esta novela y, en su mayoría, no han dejado de destacar el modo en que Fidel Castro y su gobierno persiguieron a Edwards. La novela sigue contribuyendo a presentar una construcción maniquea tanto de Edwards como de la revolución cubana y los lectores no la reciben como un texto de ficción.

De los sinsabores provocados por la novela en el ámbito literario y político, hay constancia en su correspondencia privada, particularmente en la mantenida con Mario Vargas Llosa, quien, a su vez, en una nota por demás esclarecedora, destaca la importancia de este libro "cuando se clausuran las posibilidades de oponerse, diferenciarse o apartarse, cuando se instala un sistema de intolerancia y control pleno".<sup>33</sup> La correspondencia entre Edwards, Ángel Rama y Guillermo Cabrera Infante, entre otros, no hace más que confirmar cómo se van tejiendo las alianzas y las censuras a partir de la crítica a la política de Fidel Castro y del caso Padilla. Como dirá el propio Edwards, después de Padilla la intelectualidad latinoamericana se dividirá entre castristas y anticastristas. El caso Padilla pone al descubierto algunas cuestiones que se protegían y que el relato de Edwards desnuda. O dicho en otros términos, lo que se visualiza es la disputa entre los intelectuales latinoamericanos centrada en la dicotomía intelectuales "revolucionarios"/intelectuales "descomprometidos", dicotomía que acaba por anular el capital simbólico que los escritores latinoamericanos de esos años habían logrado colectivizar.

Edwards llega a la línea de fuego con *Persona non grata* y desde ese lugar inicia su reacomodo como intelectual. ¿Se puede leer *Persona non grata* sin recordar que Jorge Edwards integró, junto con Enrique Lihn, la representación chilena que participó del ciclo sobre literatura latinoamericana en Cuba, entre enero y febrero de 1968? ¿Se puede olvidar su participación como miembro del Jurado de Casa de las Américas, espacio de fortalecimiento de las relaciones entre los escritores y las instituciones culturales?... Enton-

ces, ¿por qué pensar que los vínculos de Edwards con algunos escritores cubanos durante su estada en Cuba eran una muestra de ataque a la revolución cubana?, ¿cómo obviar la circunstancia de que su reaparición en la isla, no ya como escritor sino como diplomático, estaba vinculada con el gobierno de Salvador Allende, gobierno que se perfilaba como una señal de cambio en el contexto latinoamericano? ¿Cómo se puede dejar de tener en cuenta que Edwards no vaciló en apartarse de *Mundo Nuevo* cuando tuvo la certeza de que ésta no respondía a los verdaderos intereses de los latinoamericanos? Por otra parte, su presencia en la revista *Libre*, aliada con el Chile de la Unidad Popular,<sup>34</sup> ¿preanuncia su participación en el campo diplomático con el gobierno de Salvador Allende? Sus dudas con respecto a esta revista, ¿anticipan la confirmación de sus vacilaciones con respecto al proyecto socialista en su país? Preguntas de difíciles respuestas o, al menos, de respuestas provisionarias. Lo que sí emerge es una manifiesta politización en la literatura que obtura la valoración estética e ideológica de aquellas producciones alejadas del ideario de los escritores "comprometidos" con la Revolución Cubana.

El análisis de lo que fue la divisoria de aguas producida por la aparición de *Persona non grata* obliga a demarcar ciertas etapas de abordaje al mismo. Por un lado, recorrer los años setenta, detenerse en la "familia" literaria para observar el posicionamiento, no sólo literario, sino político de las figuras que ocupaban un lugar expectante en América Latina y en Europa. Por otro, es preciso considerar el nuevo mapa político generado en esos años, en Chile y en América Latina, teniendo en cuenta la aparición en este escenario de Salvador Allende y su proyecto político socialista. Entre aquellos años de construcción de una "familia" latinoamericana y el momento de "curiosidad y exaltación" en el que "las imágenes del viaje anterior se agolpaban en la memoria" (p. 23), Edwards viaja a la isla "sumergido en una inconsciencia somnolienta y dichosa",<sup>35</sup> sin saber que ingresará en un punto de fricción y quiebre, en cuanto a su colocación como escritor en relación con su propia

obra y, en el campo privado, por la pérdida de viejos amigos y el nacimiento de nuevas amistades.

Entre aquel joven osado que buscara el reconocimiento de Neruda, Borges, Mistral y Alone, con su libro de pequeñas historias, y este hombre, ya reconocido y premiado, representante del gobierno de Salvador Allende ante el de Fidel Castro, han pasado no sólo muchos años y sino también muchas cosas. Entre otras, que ha adquirido suficiente peso propio como para desafiar el aparato político cultural de Cuba, aunque con ello se pierdan amigos, pero también sin tener total conciencia de su significado futuro.

De modo que si bien Edwards trató de evitar definiciones políticas muy fuertes, tuvo muchos gestos que fueron, por cierto, más contundentes que declaraciones colectivas. *Persona non grata* hoy puede ser leída como una historia anunciada y conocida, aunque hay que considerar, no obstante las advertencias de Neruda —comprometido políticamente y por lo tanto voz escuchada—, que la decisión de publicarlo fue un acto importante y, en algunos sentidos, le iba a jugar en contra. Distanciarse del poeta fue iniciar el camino de su propia colocación en el campo cultural de su país y del continente. No le ha alcanzado. La izquierda no le perdona su indecisión a la hora de alinearse políticamente. La derecha lo ve deudor de los grupos izquierdistas.

Como un monstruo bicéfalo, la aventura diplomática cubana, legitimada por su condición de testigo privilegiado, abre una brecha en la historia literaria de Edwards y adquiere la dimensión de una herida no suturada ni siquiera por su participación abierta en foros de defensa de la libertad de expresión o por sus manifestaciones públicas en contra de los gobiernos dictatoriales.

#### 4. Entre el cobre y las letras: opciones para un viejo conflicto

*Yo vengo de una familia donde la literatura no era central.  
Era una familia de profesionales, de gente de negocios [...] cuando yo empecé a leer demasiado, cosa que alarmó bastante, mi padre me dijo: Mira, lee cosas serias. Yo leía novelas y libros de poesía. ¿Qué cosas son las serias? preguntaba yo. Y mi padre me aconsejaba: Lee, por ejemplo, sobre el cobre y el salitre; lee la historia de Chile o sobre asuntos jurídicos.*  
Jorge Edwards

Su herencia social es fuerte. Está presente en los relatos y en las novelas que tienen como espacio central a Chile y, en particular, a Santiago, ciudad profundamente marcada por un estilo burgués que recoge sus mejores señales en la arquitectura y en los comportamientos y conformación de una clase que regirá los destinos del país. De ella es deudora la familia Edwards.

El primer Edwards llegado a Chile en 1802 se llamaba George, era médico y provenía de Inglaterra y si bien sus negocios no fueron demasiado prósperos, uno de sus herederos, Agustín Edwards, llegó a ser el hombre más rico de Chile.<sup>36</sup> El nombre de los Edwards también está vinculado con la banca y con el periodismo: *El Mercurio*, diario fundado por Pedro Félix Vicuña en la ciudad de Valparaíso en el año 1827, fue adquirido por Agustín Edwards Ross en 1880 y desde entonces integra el patrimonio familiar.<sup>37</sup> Este diario emblemático y el Banco de J. Edwards atestiguan la presencia de la familia en Chile por casi doscientos años.<sup>38</sup> Con este capital social y la incorporación de su herencia intelectual proveniente de su tío abuelo, el escritor Joaquín Edwards Bello, bisnieto de Andrés Bello, Jorge Edwards ingresa a la vida literaria. Lo hace mirando a su propia clase y en particular a las casas patriarcales. Incisivamente observa una ciudad con mansiones propias del gus-